

le habeis visto sino en momentos felices, en los cuales todos tienen el rostro sereno, abierto el corazón y cariñosa la palabra: al tercer banquete, al levantaros de la mesa, habeis hecho escursion feliz alrededor de vuestra vida; no os habeis dicho sino cosas nobilísimas, no os habeis hecho más que agradables confidencias, os habeis separado con el disgusto de no haber estado juntos más tiempo: no hubo en vuestra amistad un momento de enojo ó mal humor.

Es una amistad vírgen aun, abriantada por una cierta luz de poesía.

El corazón os dice que este señor es posible que sea un saco de defectos como todos los demás; pero estos defectos, en suma, no se han visto ni tocado. Y aunque se esté cierto de que él también debe tener sus días de lucha, sus dolores y miserias, sin embargo, no se os presenta al pensamiento sino con su encarnado y sonriente semblante, flanqueado por los brillantes recuerdos de dos banquetes, como la imagen de la amistad festiva y de la vida dichosa.

Y á él le causais la mismísima impresion.

Por eso las pocas veces que os encontrais en la calle, os saludais con grandes demostraciones de alegría, como sucede siempre entre dos personas que al verse únicamente despiertan recuerdos agradables;

y el sincero regocijo de estos encuentros, aumenta más y más tan viva simpatía!

¡Qué desgracia no poderse ver con más frecuencia! ¡Debe ser una dicha incomparable el vivir en comunidad con un amigo tan jovial y cariñoso! Pero en realidad nada se hace para unirse á él, porque se sabe que la ilusion se perdería muy pronto: preférese dejar intacta y á distancia conveniente esa bella apariencia de amigo, en la cual os vigorizais con la imaginacion cada vez que os disgustan los amigos que se ven todos los días.

Éstos forman como el edificio de la amistad; los otros son el hermoso panorama que se admira desde las ventanas.

Por eso el amigo que vemos en los festines es siempre el mismo y tal como le conocimos, y podeis continuar durante muchos años pronunciando sinceros y afectuosos brándis, frente el uno del otro en la brillante mesa, y bajar la escalera de la fonda, estrechamente unidos del brazo, lamentándoos con calurosas demostraciones de no poderos ver todos los días.

Sucede muy á menudo que, á los diez años de constante amistad, no se sepa de este amigo el nombre de pila ni cuál es, sobre poco más ó ménos, su profesion. Pero por eso no será ménos agradable el

recordarle en nuestros últimos años, no sólo porque su risueña imágen se unirá en nuestra mente al recuerdo de todas las comedias aplaudidas, de todas las inauguraciones de estatuas, de todas las Exposiciones regionales, de todos los nuevos mercados, que habrán aumentado lustre y riqueza á nuestra provincia natal; sino porque á más nos animará la certeza de que si debemos abandonar este mundo antes que él, pronunciará un honroso brándis á nuestra memoria, al ménos en aquel lírico momento de los banquetes, en el cual la abundantísima terneza del corazón rompe todos los diques é invade el reino de los muertos.

*
* *

Este es otro amigo que para nosotros representa la continúa risa, negligente é irracional—una risa física—con la cual todas las fuerzas del espíritu descansan y se vigorizan como las del cuerpo con el sueño. Tiene un gracejo propio suyo, tosco, pero fecundo y sincero, que al principio nos excitó los nervios y nos molestó y acabó por sernos agradable y hacerle simpático á él. Como á ciertos licores, se acostumbra la gente á ciertos chistes.

Cierto es, que más que agudezas son tonterías las que dice, pero tan grandes, tan macizas, de tal tamaño, que hacen el mismo efecto que los donaires más exquisitos. Y de aquí nace este amensísimo juego que él, juzgando por el efecto, créelos de buenísima ley y de ello se posee; y que en su ilusion hallemos nuevo pábulo para mucha risa, de la cual el origen por él supuesto es tan distinto del que tiene en realidad. El obedece á la necesidad que todos tenemos en ocasiones, de abandonarnos en los momentos de ocio

á una conversacion tanto más indolente y desordenada cuanto son más elevadas las fatigas de la inteligencia de las cuales debemos descansar.

Para él, todo lo que está fuera de la direccion que ha tomado su espíritu es letra muerta. Con quien no se acostumbra á sus chanzas es hombre perdido. Es un instrumento que dá únicamente una sola nota. Pero nosotros percibimos en aquella sola millares de sonidos.

Sus donaires, cien veces repetidos, adquieren sin igual valor con la repeticion, el cual nos hace perder el concepto exacto de su verdadero mérito, tanto que en adelante le basta indicarlos con una palabra, con un gesto, con una voz, para hacernos espantar con una sonora carcajada el mal humor de una semana.

La más sosa de sus tonterías nos dá pié para una conversacion de dos horas. Hasta haríamos un viaje con el único objeto de oirle repetir por la milésima vez aquellos cuatro chascarrillos que hace años sabemos de memoria. Y les damos vueltas en nuestra mente, los exprimimos, los masticamos, y siempre los hallamos más sabrosos, sin comprender en qué consiste su verdadero sabor.

Preciso es que dentro de nosotros haya la esencia de alguna filosofía recóndita y seductora de la cual no logramos atrapar la fórmula capital.

En verdad que ocupa lugar importante en nuestra vida; de ninguna manera es un simple recreo para nosotros: en momentos tristísimos una de sus chanzas sin nombre es la que nos devuelve mágicamente la serenidad y el valor, haciéndonos ver poco á poco bajo un aspecto soberanamente ridículo un suceso grave, que ántes la estudiada lástima de otros amigos nos hizo imaginar más grave aun.

Ejerce tal influencia sobre nosotros que en aquellas tristes ocasiones en las cuales procurarle al dolor el alivio de la risa es profanarle, nos vemos precisados á huir de él como de un enemigo, porque su aspecto bastaría para hacernos prorumpir en sonora carcajada.

Sin embargo, bajo aquella risa inagotable, se esconde un corazón bueno, capaz de los sentimientos más delicados. En una desgracia es de los primeros en acudir á nuestro consuelo, y espera impacientemente á vernos más serenos para decirnos, aprovechando aquel clarito, la última chanza de su coleccion, y si no nos expresa con palabras su afecto es porque su espíritu está tan profundamente dominado y viciado por la manía de la burla que no pudiendo expresar en sério ni aun el cariño, prefiere callarlo.

Para él, rencores, enojos, odios, son cosas del todo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MARTÍNEZ"

1625 MONTENEGRO, MEXICO

desconocidas. Fuera del trabajo con que gana la vida, no tiene más pensamiento que uno: hacer reír. No se desanima por la glacial acogida hecha á sus dudosos chistes por la gente no iniciada en la especial naturaleza de su gracejo: insiste y persiste en la prueba con una constancia impertérrita, lleno de fé en sus fuerzas, hasta que logra provocar una de aquellas estrepitosas y anfibológicas risas en las que no escucha sino el sentido favorable; y entonces se dá por satisfecho.

Para acabar: es uno de los amigos con quienes tenemos mayor comunidad de ideas y sentimientos, porque la risa entre nosotros es como una música al son de la cual nos decimos, sin expresarlas, mil cosas íntimas y gratas, que con la palabra no lograría que nosotros le entendiésemos ni nosotros ser comprendidos por él.

Y es uno de quienes nos separamos con íntima pena, puesto que es el adiós dado al amigo que nos llega al corazón en la última broma que nos dice con trémula voz y puesto en marcha el tren: así como al llegar, tras larga ausencia, no hay risueño semblante entre los amigos que esperan que nos alegre tanto como el suyo, bajo el cual adivinamos, léjos aun, la enorme y grotesca broma que acompañará al primer saludo.

*
* *

Casi todos tenemos, ó hemos tenido, un amigo que es para nosotros un caso de conciencia singularísimo: el amigo bribon.

Su reputacion es de las peores entre las más desastrosas: debe haber hecho alguna vez una picardía merecedora de cárcel, y si bien no sabemos con certeza cuál, no tenemos duda si meditamos sobre las pequeñas bribonadas.

Es uno de los que, segun se dice, debe huir un hombre de bien en público.

¿Por qué le tratamos como amigo? Sobre este punto podríamos escribir un libro: "de la amistad de los hombres de bien con los bribones."

El siempre se ha conducido con nosotros como la flor de la caballerosidad: no hemos descubierto sus condiciones morales sino al cabo de muchos meses de intimidad. Además, es un tuno lleno de ingenio, alegre y amable hasta más no poder; y en su compañía hallamos infinita satisfaccion. Sin em-

bargo, nuestro deber sería negarle desdeñosamente el saludo. Así dicen todos. Y está bien. Pero es gana de decir: ninguno de nosotros podría decidirse á hacer cara á cara tan atroz ofensa, al hombre que únicamente nos ha proporcionado alegrías.

En todo caso debiéramos haberlo hecho en seguida, á raíz de saber sus hazañas: ahora es ya demasiado tarde: no se le escaparía que lo hacíamos más por temor al mundo, que por impulso de nuestra conciencia, y le parecería cobarde acción. Seguimos adelante, procurando salvar las apariencias: le tratamos friamente delante de los demás, hablamos de él con desprecio, no le franqueamos la puerta de casa, intentamos evitar un encuentro en los sitios frecuentados; y después, á solas, en punto seguro, nos entregamos á la más íntima familiaridad y gozamos en su compañía á toda satisfacción.

La estratajema, ciertamente que no es noble, y cuando reflexionamos sobre ella nos repugna, tanto, que hacemos á menudo el propósito de terminar para siempre en ocasión propicia. Pero al ver aquel rostro, sentimos que la simpatía es más fuerte que la conciencia.

La simpatía, una cierta curiosidad psicológica que inspiran los bribones á los hombres de honor, como las mujeres perdidas á las honradas; cierta repugnan-

cia á lanzar la piedra que viene de la conciencia de nuestra vileza y de nuestra secreta picardía, un vago temor de cualquier extrema represalia, por parte de un hombre que creemos capaz de todo, nos une atados á él como con vínculos de sobreentendida complicidad. Y lo más extraño es que nos divierte.

Por un solo placer perdonamos cien tunantadas que no nos atañen. Para disculparnos de esta amistad ante nosotros mismos, para podernos divertir sin remordimientos en su compañía, nos hacemos de una conciencita postiza y una moral de guardarropía que desechamos apenas vuelve la espalda: y de esta manera levantándole algo á él y bajándonos un poco, logramos, si no sofocar, apagar al ménos, la íntima voz que nos recrimina y avergüenza.

Pero nuestro placer no está privado por esto de inquietudes: y á veces, nos ocurre que, estando en su compañía, nos rehacemos de improviso y dejamos escapar una mirada en la cual adivina él un sentimiento de aversión ó de desprecio; y entonces su verdadero natural relampaguea por instantes en sus ojos, unido á la siniestra complacencia de tenernos cogidos en el lazo de su amistad, del cual ya no podemos escapar por falta de fuerzas.

Son reacciones instantáneas, de las cuales fingimos dos dos que nada hemos advertido.

El persiste en conservar nuestra amistad como un título de honra á la faz del mundo; nosotros conservamos la suya algo por gusto y algo por debilidad; y así continuaremos por muchos años, hasta que, rehabilitando su reputacion, se convierta en un amigo como los demás, ó bien que nos haga alguna picardía muy grande, por la cual él mismo se condene á perpétuo destierro.

Entretanto, representa entre nuestros amigos lo que en las relaciones de sexos opuestos se llama "un devaneo," y su amistad pertenece al número de los placeres ilícitos y costumbres vergonzosas.

*
* *

Otro de los más queridos es el amigo superior á nosotros en cultura é inteligencia y que á la vez tiene alma noble y generosa: este halla en todas las discusiones la idea vencedora, la palabra exacta que nos persuade y tranquiliza, y cada noche nos dá que llevar á casa algo, como tener que desarrollar un pequeño tesoro de juicios y conocimientos que á lo gran señor, ha derrochado descuidadamente en una hora de jovial conversacion. Cuando á esta superioridad de la mente une la noble modestia en sus maneras, es verdaderamente un amigo adorable. Con él calla nuestro orgullo, no porque le aniquile, sino porque se adormece en un sueño dulce y profundo bajo su mano potente y delicada, contra la cual le falta el valor, la fuerza y el pretexto para la lucha. Le escuchamos horas enteras, llenos de curiosidad, con la mente toda dispuesta á aprender, precisamente porque rechaza toda clase de orgullo: y esta sumision del espíritu sentimos que nos hace bien, que

nos purifica de todas las vanidades que nos hacen desagradables para los demás, y ennoblece nuestro ánimo. Ninguna manera de aprender es tan amable y tan útil como esta. Nada es más hermoso que la amistad de este joven, igual á nosotros en edad ó menor, consumido por las vigiliass y fatigas gloriosas de la inteligencia: el cual á cada instante nos ha envuelto en una frase cortés ó en una chanza discreta, como un regalo hechó á escondidas para no ofender el amor propio, un profundo pensamiento que dará fruto en nuestra mente.

Ocupa lugar aparte en nuestro corazon, en medio de la multitud de los demás amigos.

Tenemos por él un sentimiento de reverencia algo tímida, que nos recuerda aquel que experimentábamos cuando jóvenes por ciertos profesores con no muchos años más que nosotros, pero ya doctos é ilustres, los cuales nos trataban familiarmente por simpatía.

Somos ansiosos por su amistad y quisiéramos estar siempre á solas con él, para beneficiar tranquilamente aquel venero sin importunos.

Y así como apreciamos que las ventajas no son iguales en el comercio de nuestra amistad, puesto que él da mucho más que recibe, así aguzamos todas nuestras mejores facultades para pagarle en nobleza,

atenciones y alegría la consideracion que para la inteligencia y el saber hizo brotar en nosotros.

Todas sus manifestaciones de amistad llevan el marchamo de lo elevado de su espíritu.

Tenemos la mente llena de sentencias suyas, de consejos, de ingeniosas palabras, que despues de habernos consolado en una tristeza, y esclarecido una duda, se han incrustado en la memoria, entre los elementos de nuestra cultura y los aforismos de nuestra filosofía.

Importunados y aun algo degradados, algunas veces, por ciertas amistades revoltosas y vulgares, tornamos á él, siempre superior, que nos levanta otra vez á las regiones puras y fortificantes del pensamiento. A cada trabajo de nuestra inteligencia se sigue la temerosa espectacion del juicio que sobre él ha de formar, espectacion que nos hace picar muy alto, y el deseo de su aprobacion, el que nos dá impulso vigoroso para realizarlo. Y escuchamos su censura franca y profunda, que nos revela un defecto oculto é irreparable del mecanismo de nuestra mente, como el enfermo escucha el diagnóstico de su enfermedad asombrado de no experimentar la más ligera manifestacion; aunque con algo de lástima y de piedad para nosotros.

A él, en el campo intelectual, le hacemos las mis-

mas confiancias que hacemos á otros amigos en el de los afectos: está tan por encima de nosotros, que no solo no sentimos vergüenza alguna sino que experimentamos cierto consuelo confesándole nuestra culpable ignorancia y nuestros despropósitos desconocidos.

No nos punza ningun sentimiento de envidia hácia él; ningun honor que se le conceda nos parece supérfluo; estamos ligados á él por una especie de afecto escolar, que no razona, y que continuamente desea la ocasion de ponerse á prueba; gozamos en sacrificarle, si aun la tenemos, los últimos restos de soberbia: todo acto de desconsiderada familiaridad de camaradas con él, nos repugna; en su compañía nuestra voz está más contenida, nuestro lenguaje más atildado, el gesto más correcto; y sentimos al decirle en su cara un tú sonoro y cordial un placer siempre nuevo, mezcla de varios sentimientos delicadísimos que no es posible expresar sin marchitarlos.

*
* *

Este otro vive en un mundo á cien mil leguas del nuestro.

Estudiamos juntos el latin; despues nos perdimos de vista; más tarde le encontramos agente de negocios de poca monta, grueso, barbas de chivo, vestido descuidadamente, alegrísimo, ignoranton, un pobre hombre y hemos reanudado nuestra antigua amistad.

Nos vemos de vez en cuando, pero siempre con satisfaccion.

Nos llama con su simpático vozarron desde la otra acera de la calle, apretando el paso, é indicándonos por señas que no puede detenerse, y algunas veces nos llama desde la ventana de un café de cuarto órden, donde le hallamos tratando de negocios con labriegos ó mercachifles, bebiendo una botella de vino tinto.

Cuando estamos juntos con algo mas de espacio, nos habla estensamente sobre su hacienda, exaltándo-

se, y nos hace ver en la palma abierta de la mano sus ensayos sobre semillas, queriendo á toda costa conocer nuestra opinion.

El oficio no le ha ennoblecido, está fuera de duda; pero su buen corazon le obliga á ser atento y cortés.

A menudo nos interroga sobre nuestras cosas, con cierta curiosidad cuidadosa y sonriente, como podría pedirle á un astrónomo noticias sobre Marte ó Mercurio.

Tambien, algunas veces, reuniendo antiguas reminiscencias de la escuela, exhumando ciertas anticuadas palabras y ayudándose de un toscó pero buen sentido, se ingenia para espetarnos algunos de aquellos discursos que le parecen á él más apropiados para nosotros, con el intento de hacernos ver que ni está tan ageno de toda instruccion, ni tan avergonzado de su oficio, como muy bien pudiéramos imaginar. Y es curioso, con efecto, el ver deslizarse algunas veces en su lenguaje inculco y pedestre de comisionista, trozós de un verso de Virgilio, ó el retazo informe de un sentencia de Machiavelo.

Pero nos apresuramos á encauzarle en sus naturales discursos, en los que aprendemos una fraseología eficazísima y desconocida, nuevos chistes, satisfaccion; dificultades y dolores vecinos de una manera de vivir de la cual no teníamos idea.

Y él nos agradece de todo corazon la amistad que le demostramos; despues de chocar su vaso de Vermont con el nuestro, nos empuja con el codo contra la banqueta del licorista, mientras repasa con el dedo las hojas de su cartera de comerciante, obstinado en no dejarnos pagar.

Algunas veces, por casualidad, le ha ocurrido el encontrarse en un círculo de otros amigos nuestros; pero nos confiesa ingénuamente, sin la más pequeña intencion de ofendernos, que aquellos señores abogados, doctores ó empleados, no simpatizaron con su génio, que los ha hallado demasiado finos para él y que le parecen gentes con algunas de las cuales no podría tratar: sus curiosas miradas y sus secas maneras le excitan los nervios.

Y desde entonces ha encarecido mucho más nuestra amistad cordial y á la buena de Dios. La cual no es pura del todo.

Tiene parte en nosotros el vanidoso propósito de parecerle digno y afable y el placer de estimarnos superior á nuestro amigo, fuera de toda fatigosa rivalidad de amor propio, y el vernos acariciados por una mano respetuosa que no nos pide como correspondencia nada que nos cueste esfuerzo ó sacrificio alguno.

Pero no importa: hay momentos en que sentimos

un impulso de profunda benevolencia y de dulce gratitud hácia este buen muchacho: cuando le vemos alegrarse sinceramente, riendo y frotándose las manos por una satisfaccion nuestra, cuya naturaleza él no puede comprender; cuando trata de consolarnos con palabras sencillas, toscas, impropias de la ocasion, de dolores y tristezas que tampoco puede comprender, pero que le afligen y cuando recurriendo á él, desesperados, fatigados de otras amistades difíciles, torturado y cansado el cerebro, hastiado de los libros, de nuestros cartapacios, de la perpétua y forzada carrera en pos de la idea, de nuestra maldita vida de galeotes de la inteligencia, hallamos en sus tranquilos razonamientos sobre las semillas, en los cueros, azúcares, aceites, vinos, maderas, y en el fuerte olor de *fero boario* que nos dá en la cara, el sentimiento sano y tranquilo de la vida.

*
* *

Este es uno de aquellos, que, puesto á prueba, tal vez nos demostrara que era un amigo verdadero; pero es un amigo de una casta singular; el cual, en el curso ordinario de la vida, está tan profundamente absorto en su ciencia ó en su arte, que apenas cae en la cuenta de nuestra existencia.

El egoismo suyo es aquel que recibió el nombre, con muchísima razon, de "egoismo férreo del ingenio."

Para él no hay cosa en este mundo que le importe, si no se roza de alguna manera, aunque sea ligerísimamente, con el único y perpétuo objeto de su vida: con su profesion.

Todo lo encamina á este objeto, hasta los amigos, los cuales, quién más, quién ménos, acaban por convertirse en su mano, sin saberlo, en otros tantos instrumentos de su trabajo. No hay más que resignarse.

Cuando nos hace una pregunta sobre nuestros

asuntos y nos escucha atentamente, no debemos ilusionarnos: las respuestas van directamente á compartimiento determinado de su cabeza de sábio de artista, sin pasar, en efecto, por su corazón de amigo; y cuando hemos llegado á un punto del discurso, más allá del cual no hay interés para él, aunque para nosotros haya muchísimo, se ha acabado; presta atento oído, se acerca más á nosotros, y dá las más vivas señales de asentimiento, pero su mente se halla á mil leguas de distancia.

Viene por la noche á la cita convenida, ó mejor, nos trae su cuerpo: pero deja en casa el pensamiento sobre el libro, el microscopio, el boceto ó el cuadro, y aquel que en la tertulia afirma, ríe, aprieta la mano y habla del tiempo, no es sino otro él encargado de hacer su parte, lo mejor que puede, en medio de sus amigos.

Algunas veces nos habla y está todo él presente ante sí mismo; pero no hace más que continuar en alta voz el trabajo del pensamiento que habíamos interrumpido al encontrarle, y se extiende en interminables particulares en un lenguaje rigurosamente técnico, exaltándose por grados, sin mirarnos á la cara, como si hablase con otros, y sin manifestar a más ligera sospecha de que nos podamos fastidiar. No intentemos reanudar una conversacion agena á

sus estudios, que la noche anterior se hubiese suspendido: se pondrá á mirar á las nubes, durante un cuarto de hora, sin acordarse de ella.

En aquellos momentos, no somos sus amigos de carne y hueso, no somos más que fantasmas que pasamos á su vista, balbuceando palabras en un lenguaje sobrehumano, del cual no percibe más que el sonido.

Sin embargo, gracias al cielo, tiene días de lúcido intervalo.

Un día vuelve en sí, se frota los ojos, tiene como una confusa idea de sus agravios para con nosotros, y una hora despues le vemos llegar, con gran maravilla, á nuestra casa, donde no había puesto los piés hacía un año. Evidentemente ha venido con el propósito de reparar sus faltas.

Esta vez es el mismo, todo él; su mirada se fija en la nuestra, sin traslucir su lejano pensamiento nos habla de nuestros negocios, se hace poner al corriente de lo que ha acaecido de varios meses; hasta aquel día; escucha, comprende, sonríe aparte, busca impaciente entre nuestros libros, nos dice que nuestra amistad es el consuelo de su vida, y nos deja apretándonos la mano diez veces con la más cordial expansion. Y entonces adios para otros seis meses.

Torna á encerrarse en su pensamiento fijo, como un anacoreta en su cueva, y lo que veremos de él de ahora en adelante, nos será más que su reincidencia hasta el día en que vuelva nuevamente *el arrepentimiento de sus pecados*.

Pues bien, le queremos á él y á su trato como nos le dá. Hallamos un placer singular. Nos unimos en la calle, por casualidad, como dos gotas de agua al fin de un plano inclinado: él conserva su libertad de espíritu y nosotros la nuestra; dejamos de vernos sin explicaciones; pasamos muy cerca el uno del otro, sin saludarnos, nos vemos todos los días, estamos sin vernos un año: todo está bien; siempre estamos de acuerdo; es verdaderamente una amistad libre y elástica como el aire, que puede tener parangon con el amor de los nihilistas, acompañada, sin embargo, por nuestra parte, de un sincero respeto hácia la pasión fortísima y nobilísima que le posee, la cual es posible que un día haga ilustre su nombre y famosas sus distracciones.

*
* *

En fin, este es el amigo que por la pendiente de los vicios ha caído en una miseria ociosa, contaminada por innobles amigos y embrutecida por los desórdenes, en los cuales trata de sofocar los últimos gritos de la conciencia.

Nuestra amistad, mantenida viva por recuerdos de la infancia y de la primera juventud, variable para los dos, es el último lazo que le liga á aquel mundo noble y honrado en el cual vivió en otro tiempo, y vuelve todavía alguna vez á nosotros en sus mejores momentos, enflaquecida, avergonzada de sus ropas de mendigo, con el aliento impregnado del fuerte olor de los ajénjos, para aspirar un poco de aire sano, por el cual nos demuestra una triste gratitud.

La primera vez nos inspira una repugnancia más grande que la piedad; y á pesar de todos nuestros esfuerzos, la conversacion resulta fría y parada, y se separa de nosotros con una amarga sonrisa que nos aflige.

Pero poco á poco, soplando las cenizas de nuestros recuerdos, logramos despertar el sentimiento de la antigua amistad.

Pacientemente, sin dejar traslucir nuestra intencion, aficionándonos á lo poco bueno que queda en él intentamos salvarle.

Algunas veces en un largo paseo por solitarios lugares, poco á poco hablando de nuestra familia, de los estudios que hicimos juntos, de personas amadas en otros tiempos, aclárase su mente y su corazón recobra la conciencia viva y dolorosa de su estado, vuelve en sí, entrevé una débil luz de esperanza, y nos deja con una promesa que nos produce íntima alegría.

Pero es inútil: el resorte de la voluntad se ha rendido: aquellos que él cree propósitos no son más que relámpagos de descos que apenas brillan se apagan. Otro día vuelve excitado por los licores, con burlona sonrisa bajo la cual se lee un propósito hostil. Entonces hace pasar por delante de nuestros ojos, con maligna complacencia, todas las deformidades del miserable mundo en que vive, nos descubre uno por uno, imprudentemente, todos los girones de su dignidad y de su corazón y se esfuerza en rebajar hasta el nivel de la suya la sociedad en que vivimos nosotros y nuestra vida misma anatomizando brutal-

mente los efectos más nobles, calumniando personas mostrando el vergonzoso derrumbamiento de todas las más humanas conveniencias, con un ardor tan impetuoso y una potencia tal en palabras crudas y sangrientas, que asombrados y humillados, no sabemos qué responderle, y le dejamos que se vaya rabiamente contento por su victoria, y entonces le odiamos. Pero á los pocos días aparece pálido y consternado y nos dice:

—Déjame estar contigo; háblame de cosas nobles y hermosas; sácame un poco del fango en que me ahogo.

Y entonces desaparece nuestro odio, y cobramos algo de esperanza. Y en esta continua lucha, vamos tomándole poco á poco una especie de colérico afecto que algunas veces nos impele á suplicarle, á abrazarle, á ofrecerle nuestra casa, á dar nuestra sangre por redimirlo, y otras á desear su muerte ántes que asistir de este modo á la lenta putrefaccion de su espíritu y de su cuerpo.

Y cuando hemos conseguido rehabilitarle por algunas horas en una conversacion que le serena y conforta, experimentamos una satisfaccion tan viva que nos parece tener una gran deuda con él, y estamos por agradecerle tanto bien como nos hace.

Y en efecto, nos hace bien mostrándonos toda la abyección en que ha caído; porque así reconocemos más claramente, á través de la piedad y el disgusto que nos inspira, cuán insensatas son aquellas reacciones violentas contra las grandes aspiraciones del pensamiento y del corazón, á los cuales nos empuja en varias ocasiones la rabia de nuestra impotencia, y que por algun tiempo nos precipitan en una vida negligente y ruda; y apreciamos más profundamente y con más amor, después de haber estado con él, el valor de nuestros amigos honrados, de nuestros trabajosos días, del aire puro y sano que respiramos.

Y en algunos momentos sentimos espanto pensando que muy á menudo en nuestra vida, nos hemos hallado en la pendiente por la cual nuestro amigo se ha precipitado, en condiciones morales poco distintas de las suyas, y que si no hemos ido hasta el fondo como él, no ha sido por virtud, sino por afortunada casualidad y por una combinación de circunstancias y casos que le hubieran salvado si las hubiera encontrado en su camino.

Y entónces sentimos que aquel desprecio que se despertaba en algunos momentos hácia él, es injusto, porque en el fondo no valemos más, á juzgarnos con lealtad, y este sentimiento nos lleva una mañana á

su guardilla más afectuosos que de costumbre, para proponerle un paseo por el campo, durante el cual intentaremos otra vez la prueba, con palabras inspiradas por una amistad más modesta y más sincera.

